



LA ESPIRITUALIDAD DEL COTIDIANO: ENTRAR EN EL SANTUARIO DE LAS COSAS

MARGARET SCOTT, ACI.

Es lo que hizo Dios al crear el cosmos como una gran cuna donde arrullarnos, dejando sus huellas de ternura en todo para que pudiéramos captar sus "besos volados" por toda la creación. Es lo que volvió a hacer, por el Espíritu, al encarnarse, al poner una fecha a su irrupción definitiva en el espacio nuestro tan reducido, haciendo de lo cotidiano humano un lugar teológico. Es lo que hizo Jesucristo al nacer en un rincón olvidado de nuestro mundo para ir "creciendo y robusteciéndose, llenándose de sabiduría", mientras "la gracia de Dios le acompañaba", haciendo así del cada día nuestro, un sorprender a Dios Padre y Madre en todos y en todo.

LA ESPIRITUALIDAD DEL COTIDIANO: ENTRAR EN EL SANTUARIO DE LAS COSAS

I. En el santuario de las cosas

Al aletear sobre la superficie de las aguas", el Espíritu de Dios Creador llenó el universo de energía y vida y el mundo de sonido y color, antes de que apareciéramos nosotros. A Dios se le puede oír y ver en todo lo creado.

Su voz creadora inició la sinfonía de los planetas cuyo eco suena en la pandereta de las cascadas y en el tímpano de las tormentas. Se la escucha también en :

"La conferencia de las alas del cóndor o el canto de un zorzal enamorado cuando millones de musgos y plantas oran al calor poniente del sol ... y la trabajosa noche de los insectos está afinando sus violines".¹

Se contempla la belleza de Dios en las salpicadas alegres con las que esparce las flores por la tierra, las pinceladas de azules matizados de los cielos y los mares; los contrastes fuertes o discretos que hace, jugando con luz y sombra, y la pincelada septicolor del arco iris que le sale, al mezclar sol y lluvia, esperanza con dolor.

Toda la creación arde con la presencia bella de Dios, hecha mensaje de su amor siempre extremado. Un mensaje escrito en lenguaje universal al alcance de todos los seres humanos, cristianos y no cristianos. Un habla que entiende el indígena centroamericano:

"Quiero confesarles que hay en mi vida una hermosa presencia femenina, una presencia que invade todo... Si la escuchas de cerca con tus oídos pegados a ella, se perciben los sonidos que tiene por dentro; como que cruje, como que canta, como que toca su son,

¹ "La oración es el arte de Dios". Corporación Despertar, Santiago de Chile.

como que se mueve. Se sienten sus latidos. Ya empuja. Ya juega.

Ya patalea por dentro. Mis hermanos tseltales la llaman 'jNantic Lum Qu'inal'.²

O el poeta jesuita inglés:

"El mundo está cargado con el esplendor de Dios.

Se inflamará como el brillo que brota del oropel agitado.

Alcanza grandeza, como el fluir del aceite molido".³

Pero para entrar en este santuario de las cosas hay que quitarse las sandalias, como Moisés. Para el calzado, la zarza es solo una zarza más. Pero a pie descalzo y de puntillas, este lugar que habitamos se vuelve "tierra sagrada", encuentro con Dios. Y solo así se puede responder al llamado del Señor:

"Abre tus ojos para ver,

Afina tus oídos para escuchar,

Extiende tus brazos para abrazar,

Despierta tu mente para comprender,

Libera tu corazón para sentir,

Ofrece tu alma para amar".⁴

Porque la creación entera es bendición y regalo para los que la reciben, maravillados, con las manos vacías. Pero ¡ay! de aquellos que agarran lo creado; lo adueñan, explotan, contaminan... Ellos ni ven ni oyen.

² "Confesiones de la selva". México, 1999.

³ Gerard Manley Hopkins.

⁴ "La creación es el arte de Dios".



II. El sacramento de lo humano

Al encarnarse, Dios hizo visible a lo invisible y el cielo abrazó a la tierra. Dios se hizo rostro, sangre, piel, células humanas. Habitó entre nosotros e hizo de la condición humana un espacio sagrado donde encontrarlo. Dios se historizó. Entró en la historia de la humanidad, e hizo de ella una aventura divina, escrita con nosotros ya desde dentro. Impregnó el tiempo de eternidad, haciendo de cada día, cada hora y cada momento una cita con su amor. Desde entonces, el momento presente es el que tiene el misterio, aun siendo ordinario. Y todo es, a la vez, cotidiano y especial.

A partir de la encarnación, Dios se comunica, se media a si mismo a través de todo lo nuestro, incluidas nuestras relaciones y limitaciones; nuestros éxitos y fracasos. Y todo lo nuestro, lo grande e importante o lo pequeño e insignificante – sobre todo lo pequeño e insignificante– es sacramento de la presencia de Dios; visibiliza su amor. Porque nuestro Dios es

tan grande que le encanta hacerse pequeño y esconderse donde nosotros no imaginamos pillarlo nunca: entre los pobres. Nuestro Dios del anonadamiento hace suyo lo humilde y marginado. Nos guiña en los ojos del mendigo y brilla en la sonrisa de un niño. Como si nos dijera: "Soy yo".

Pero solo lo ven los santos, los amigos de Dios, los que han sido humanizados: los hombres y mujeres de limpio corazón. Aquellos cuya mirada ha sido purificada por el sufrimiento y enfocada en la oración desnuda. Aquellos que tienen el corazón puesto en Dios y en el Reino. Y solo pueden celebrar la liturgia del sacramento de lo humano, visibilizadora de Dios, los que han pasado muchas y largas horas en adoración del Dios hecho hostia, y saben reconocer aquella presencia tan familiar y querida detrás de los mil y un disfraces que brinda lo cotidiano de nuestra vida.

Pero ¡ay! de aquellos cuyo corazón ha sido achicado a medida de su propio interés; que tienen los ojos vendados por el individualismo y la competitividad, que pisan los sueños de los demás. Quedan encerrados en su propio mundo, contemplándose a si mismos, sin ventanas por las cuales asomarse a lo divino que encierra todo lo humano.



III. Jesucristo: cotidiano nuestro

Dios se hizo rostro y cotidiano en la persona de Jesucristo, de quien escribe San Juan evangelista:

"Lo que hemos oído, lo que hemos mirado, y nuestras manos han palpado ".

Porque Jesús era tremendamente real e impresionantemente humano. Era un hombre con una historia personal que empezó entre la fragilidad y el milagro. Nació, como nosotros. Tuvo cumpleaños e iba creciendo: fue adolescente, joven, adulto. Tuvo una familia, un hogar, un pueblo y una cultura propia. Para Jesús, como para nosotros, la vida era un aprendizaje: aprendió a hablar y a caminar, a leer y a jugar. A relacionarse con Dios y con los demás y, más tarde, a trabajar, arreglando cosas tanto en madera como en hierro. Era "chapucero".

Jesús tenía un cotidiano poblado por los mil detalles de cada día y a través de ellos iba descubriendo los secretos sorprendentes que encierra la vida de un mundo reducido como el nuestro, lleno de personas, cosas, acontecimientos... Con los ojos grandes de un niño maravillado, ¿habría visto cómo la levadura que su madre metió en unos puñados de harina, fermentaba toda la masa? Y, como todos los niños, ¿habría quedado dando vueltas al asunto, con cara seria? Tal vez conocía a la vecina que perdió su moneda y al pastor que iba buscando la ovejita extraviada. Igual contemplaba asombrado el cielo rosado de la aurora y enrojecido de anochecer, mientras escuchaba la sabiduría de los ancianos del pueblo que sintonizaban con la naturaleza y sabían leer sus mensajes enigmático. Y descubriendo la vida cotidiana, Jesús se habría dicho, intuitivamente, que toda ella era una palabra sobre Dios. Que Dios estaba ahí y que todo lo cotidiano le prestaba un vocabulario para hablar de Dios y unas parábolas para dar al pueblo unas pistas muy familiares para encontrar las huellas de Dios en medio de ellos.

El cotidiano de Jesús vibraba con las experiencias humanas normales y corrientes que vivimos todos. Las bodas y fiestas con su baile y canto. El alegrarse y reír; el comer y beber con su gente, con su pueblo. Jesús conocía el valor de la amistad; la del grupo: la de sus discípulos que lo acompañaban y con quienes compartía sus sueños y su destino, aunque a veces no lo entendían. También la de otros amigos, Lázaro y sus hermanas María y Marta, cuya intimidad le brindaba un espacio relajado, un corte feliz. Jesús conocía las consecuencias de la amistad; que el amigo verdadero es el que da la vida por los amigos. Y ciertamente la dio.

Jesús conocía también el desgarrón de las despedidas como cuando salió de su casa, de Nazaret, porque sentía que lo suyo ya era algo más allá, algo mayor que desbordaba aquel rincón desconocido de Israel, tan querido por tantos años y testigo de su lenta maduración humana. En víspera de su pasión, la nostalgia al despedirse de los discípulos le apretaba el corazón: "Con ansia he deseado comer esta Pascua con vosotros antes de..."

Conoció también, como nosotros, el éxito y el fracaso. Gozaba de tal popularidad que la gente le acosaba. "Todos lo buscaban", "acudieron tantos que no quedaba sitio ni en la puerta", la gente se apiñaba alrededor de Jesús". A veces no le dejaron comer y tuvo que subir a una lancha, "no lo fuera a estrujar el gentío". Pero provocó también la oposición y la hostilidad; vivía el conflicto. Intentaron atraparlo, comprometerlo para poder acusarlo. Decidieron eliminarlo. Y todos los suyos lo abandonaron.

Jesús padeció. Como nosotros, conocía el sufrimiento: la traición que nos deja a todos un sabor desagradable en la boca y dolor en el corazón; el encontrarse solo y por eso tan vulnerable ... Y al final Jesús murió. Con sus brazos abiertos en la cruz abrazó la muerte, la suya y la nuestra.

Y ahora, Jesús resucitado continúa viviendo su humanidad en y a través de cada uno de nosotros. Nuestro cotidiano se hace suyo, y el suyo nuestro. Humanizó cada faceta de nuestra existencia, por grande o insignificante que fuese, divinizándola

con una dimensión liberadora y un sentido redentor. Aprendió a vivir al ritmo nuestro para que bailásemos los pasos de nuestra vida al suyo. Se casó con lo cotidiano humano para que viviéramos el cada día "en pareja" con Él y desde Él.

Pero ¡ay! de aquellos que desencarnan a Jesús, vaciando lo cotidiano de su presencia. Los inventores de dicotomías falsas, que espiritualizan las cosas y agobian la vida con ansias de cumplir, ahogando el espíritu con una letra inhumana. Estos se encierran en templos dominicales, desnutridos de la realidad cristificada semanal de los lunes a los sábados, de lo lindo que es vivir.



IV.- La espiritualidad de lo cotidiano

Es despertarse cada día enamorado de un Dios que nos besa la frente al darnos la bienvenida al nuevo día. Es abrir los ojos cada mañana a la aurora de gracia que nos espera durante la jornada. Es meternos de lleno cada día en toda la actividad y experiencia humana que se nos presenta –lo gozoso, lo triste y lo neutral– en memoria de Jesús. Es vivir cada día mano a mano con Él. Es reírnos y llorar, trabajar y bailar, conversar y callar... y todo dentro del contexto del Evangelio. Es ser lo que somos y hacer lo que hacemos porque es lo que somos y lo que hacemos, y el porque así lo hizo Él.

Es rezar la vida y vivir la oración. Una oración encarnada, personal y comunitaria, que hace de todo y de todos tema de conversación con Dios y sujeto de su acción salvadora. Que reza los acontecimientos, los encuentros menos pensados, lo que sale bien y lo que nos sale mal. Que habla con Dios de las personas con sus gozos y dificultades, de las comunidades con sus esperanzas y problemas, de los pueblos que sufren y de los que hacen sufrir. Una oración que abre cada rincón de nuestra vida a la luz iluminadora de la Palabra leída desde el pueblo; reto y fuente de energía. Que contempla de rodillas la presencia liberadora de Dios en lo cotidiano, mientras va escribiendo su Palabra hoy en nuestro cada día.

Es hacer Eucaristía de cada mesa donde se come, sea solo pan o sea banquete de lujo. Porque cada uno somos los comensales de Jesús y en su mesa caben todos. Eucaristía que celebra la vida de todos con pan y vino, fruto de la tierra y trabajo de los hombres" y mujeres; hecho de sus cosechas y sus luchas. Eucaristía hecha de la bendición de una puerta abierta, una mano extendida, un beso de bienvenida; la lectura comentada de lo vivido en familia, en el trabajo, la escuela, la parroquia; el ofertorio sencillo de lo que somos, a veces poca cosa, para ser transformados por la acción tierna y poderosa de Dios, que nos consagra: milagro inaudito y repetido cada día; el co-

mulgar en la solidaridad y en el compartir de los más pobres, en la lucha por los derechos humanos, la justicia y la paz.

Es vivir el sufrir, compañero frecuente en nuestro cotidiano, desde Dios y con su pueblo. El sufrir nuestro y el de los demás; las dificultades de la vida, las enfermedades e incompresiones, la opresión o la persecución... Es vivir la pasión de Jesús desde nuestra pasión, dejándole hacerla suya, y desde nuestro pecado, conscientes de que la misericordia, que brota de sus "entrañas estremecidas", desborda en nuestra historia humana caricia y perdón.

"Todos nuestros pecados se hacen hematoma en tu Carne, oh Verbo.

Todos nuestros rictus te deforman el Rostro.

En tu soledad se refugian todas las soledades de la Historia humana..."⁵.

Es saber que el sufrir humano tiene sentido cuando la uva exprimida en lo concreto e histórico de nuestro quehacer cotidiano sin importancia, y de los momentos inolvidables que marcan para siempre, va goteando su vino rojo y alegre que se "rnezcla" con la sangre de Cristo derramada por la salvación del mundo.

El morir, también, se vive desde Dios en Jesucristo y forma parte de nuestra historia, el último capítulo del cotidiano nuestro y fuente inevitable de la espiritualidad de lo de cada día para cada hombre, cada mujer y cada niño que nace. Desde Jesús y su Evangelio:

"Morir es sólo morir. Morir se acaba.

Morir es una hoguera fugitiva.

Es cruzar una puerta a la deriva y encontrar lo que tanto se buscaba".⁶

⁵ Pedro Casaldáliga. *"La siete palabras de la Cruz.*

⁶ José Luis Martín Descalzo.

Morir es partir para casa, ya lleno de la luz que entra por todas las ventanas de la vida. Y la muerte se hace amiga. Como lo fue, nos dice Gabriela Mistral, para San Francisco:

"También sentiste la muerte como una suavidad... Te dio por fin lo que mucho habías anhelado; pérdida del cuerpo, el cual se fue sumiendo en las aguas profundas de la inconsciencia. Y con un pequeño estremecimiento, te desprendió el alma, recogióndotela de la cabeza hasta la punta de los pies, como se recoge una llama en un tronco que arde horizontal, en una lengua alta que subió arrebatada. Y así te fue la muerte amiga".

Así viven la espiritualidad de lo cotidiano los seguidores de Jesús. Aquellos que han conocido al Jesús histórico del Evangelio; los que lo han contemplado en su cotidiano de Nazaret, de Galilea y de Jerusalén. Estos son los que tienen la capacidad de reconocerlo, con cara distinta pero con los rasgos innegables suyos. Hay que haberle conocido mucho en su humanidad para descubrirlo en lo humano nuestro.

La espiritualidad de lo cotidiano —el entrar en el santuario de las cosas, el vivir enamorado de un Dios que ha puesto su tienda entre nosotros porque todo lo nuestro le interesa enormemente, el vivir el Evangelio de Jesús— es, también, de los poetas, los místicos, los santos, los niños, los de corazón limpio, los amigos de Dios y de los demás que creemos en el Dios Creador, en el Dios Encarnado y en Jesús que resucitó. Y para quienes el cada día es la casa de Dios y la puerta del cielo".

